
EDITORIAL

Entre las orientaciones que para dirigir la renovación litúrgica en nuestros días enumera la reciente Carta Apostólica *Vicesimus quintus annus* de Juan Pablo II, figura una oportuna advertencia sobre la que quisiéramos insistir en este comienzo de curso: la de que "la fe, vivificada por la caridad, la adoración, la alabanza al Padre y el silencio de la contemplación serán siempre los primeros objetivos a alcanzar para una renovación litúrgica y sacramental" (n. 10). A este toque de atención hace eco también, en cierta manera, otra afirmación del Papa cuando, en la misma Carta se refiere al futuro de la renovación litúrgica: "la liturgia de la Iglesia, dice, va más allá de la reforma litúrgica" (n. 14), que ciertamente hoy "debe darse por finalizada" (Cf. n. 10).

Hemos vivido cinco lustros de continuas y necesarias reformas litúrgicas y los hombres de nuestra generación nos hemos habituado quizá a ellas. Porque también nosotros, como las generaciones que nos precedieron, tendemos a hacer del ambiente en que hemos nacido un absoluto objetivo; esto será quizá un defecto inherente a la edad madura.

Los "conservadores" que nos precedieron no aceptaban abandonar sus esquemas ni su liturgia tridentina porque en ella habían nacido y ella constituía su ambiente, su "caldo de cultivo", como dirían los científicos. Pero nosotros nos resistimos también a renunciar a los hábitos y costumbres en los que nacimos —el contexto de las continuas reformas— porque, en el fondo, somos tan "conservadores" como ellos. Así, a la generación de "conservadores tridentinos" les está sucediendo una generación de "conservadores del 65", tan conservadores en el fondo como aquellos egregios hombres ensotados, tan amantes del latín de sus años jóvenes, como nosotros quizá lo estamos de unos cambios continuos en la liturgia que fueron el ambiente, *necesario* para realizar la puesta al día

de la liturgia después del Concilio, pero que hoy no son ya el telón de fondo de la liturgia de la Iglesia.

Por ello, pensamos, que es necesario subrayar las advertencias de Juan Pablo II: “La reforma litúrgica querida por el Concilio Vaticano II puede considerarse ya realizada” (n. 10); hoy ya “no se puede seguir hablando de cambios como hace 25 años” (n. 14). Si no queremos ser empedernidamente “conservadores” y vivir nuestro tiempo, es necesario que pasemos de la etapa de las reformas a la etapa actual de la profundización de los principios.

“La renovación litúrgica no puede limitarse a las estructuras, ritos, textos. Y la participación activa, tan felizmente aumentada después del Concilio, no consiste sólo en la actividad externa, sino, principalmente en la participación interna y espiritual” (Sínodo 85). Hoy, a la etapa de reformas, ha de suceder la “necesaria profundización, cada vez más intensa de la liturgia de la Iglesia, celebrada según los libros litúrgicos y vivida, ante todo, como un hecho de orden espiritual” (*Vicesimus quintus annus*, n. 14).

Es en este ámbito, que rehuye el conservadurismo de vivir la liturgia a las maneras de la generación que nos vio nacer y al que estamos continuamente tentados, en el que hoy se tendría que hacer un esfuerzo para pasar, por ejemplo, de la reforma que significó para muchas comunidades religiosas el haber substituido el rezo del pobre Oficio Parvo por la recitación de Laudes y Vísperas de la Liturgia de las Horas —o para los clérigos y comunidades contemplativas haber cambiado la salmodia en latín por el Oficio en lengua popular— a una inteligencia profunda y espiritual del sentido contemplativo de los salmos de Laudes, recitados no sólo con los labios, sino con la inteligencia y con el espíritu. Es en este sentido, para huir del conservadurismo de los 65 y “ponerse al día” de una renovación litúrgica apropiada a nuestra época nueva, que el presente número de *Oración de las horas* presenta una extensa reflexión sobre la salmodia matinal.

P. F.